



La Sabiduría de Dios en Juicio

Esta columna es una versión revisada de una homilía dada en Bend y La Pine el 19 de Febrero.

En el Evangelio de hoy, Jesús voltea el mundo al revés. Sabiendo que ellos hicieron el mandamiento de Moisés de “odiar a tu enemigo”, sus discípulos debieron ver sido zarandeados al escuchar a su Buen Maestro decirles, “amen a sus enemigos.” En lugar de animarlos a tomar “ojo por ojo y diente por diente” Él les ordenó “no ofrezcan resistencia ante quien es malo”.

Como nosotros, los discípulos estaban fuertemente influenciados por lo que San Pablo pronto llamaría “la sabiduría de este mundo”, la cual nos enseña a guardar rencores y tomar venganza, el no perdonar. Esto es “tontería ante los ojos de Dios” porque nunca puede traer lo que todos quieren: la paz del alma. Dios no diseñó el corazón humano para guardar odio y armonía juntos. Uno u otro debe salir, y la sabiduría mundana da lugar al odio a costa de la paz.

En fuerte contraste, la sabiduría de Dios en los labios de Jesús es tontería para el mundo. ¿Qué sentido posible puede tener el poner la otra mejilla, entregar tu capa junto con la túnica, el caminar la milla extra? La sabiduría mundana ha ridiculizado durante

mucho tiempo esa mansedumbre Cristiana como nada más que una debilidad pura y simple: la moral de los esclavos temerosos de insistir en su dignidad y defender sus derechos, quienes se rinden ante los más fuertes para sobrevivir.

Tenemos un caso de prueba para estas perspectivas que chocan en la Locura de la Cruz, donde Jesús practicó lo que Él predicó. Condenado injustamente, Él no ofreció resistencia. Abofeteado en la cara por el sirviente del Sumo Sacerdote, Él no regresó el golpe. Presionado al servicio por los Romanos, Él caminó sin quejarse hasta donde ellos lo exigieron. Clavado en Su Cruz, Él oró por Sus perseguidores. Mirando atrás al Crucificado, no vemos la cobardía llena de miedo, sino el coraje desbordante. La muerte en desgracia revela dignidad invencible. La derrota vergonzosa en la Cruz conduce a una victoria duradera e irreversible en la Resurrección.

Pero la Pasión tiene una significativa lección de advertencia para nosotros también. Jesús no consideró ni por un momento su injusta condena por Pilatos como un juicio justo, como consecuencia merecida por Su comportamiento. El Cordero del Sacrificio sabía muy bien que Él no merecía una sentencia Romana de muerte, y sin embargo, Él soportó voluntariamente su vergüenza. Al mal que lo devoró no ofreció resistencia. Pero su silencio en cara de Sus acusadores afirmó poderosamente Su desacuerdo con su juicio.

Si ustedes y yo debemos intimidar a Jesús poniendo la otra mejilla o caminando la milla extra, nunca debemos aceptar como correctas la injusta condena de quien nos “presiona al servicio”, nos abofetea en la cara, o nos despoja de nuestra dignidad. No. Debemos recordar que un juicio cruel y despectivo no define verdaderamente quienes somos, aunque, como Jesús ante Pilatos, podemos ser impotentes para refutarlo

En nuestra hora de persecución, Jesús exala en nosotros la fuerza sobrenatural del Espíritu para estar con Él e imitar voluntariamente Su ejemplo ante la opresión injusta. Si lo seguimos hacia Su Pasión, descubrimos una oportunidad inesperada para un gran crecimiento espiritual: el desafío de dominarnos a nosotros mismos—para superar nuestro odio, nuestro resentimiento, nuestro deseo de vindicación. “Más fuerte que la persona que conquista la fortaleza más fuerte”, dice San Ambrosio, “es la persona que se conquista a sí mismo”.

El camino a través de la Pasión es el camino de auto-domino que conduce a la libertad. “Conocerán la verdad”, promete Jesús, “y la verdad los liberará” — libres para poner la otra mejilla, libres para caminar la milla extra.

“Lo que sea que alguien te haga mal”, la sabiduría del mundo susurra, “¡regrésaselo a él”. La sabiduría celestial nos aconseja de manera diferente: “Todo lo que Dios ha

hecho por ti, haz lo mismo por tu prójimo. Lo que le das a él volverá a ti como paz”.